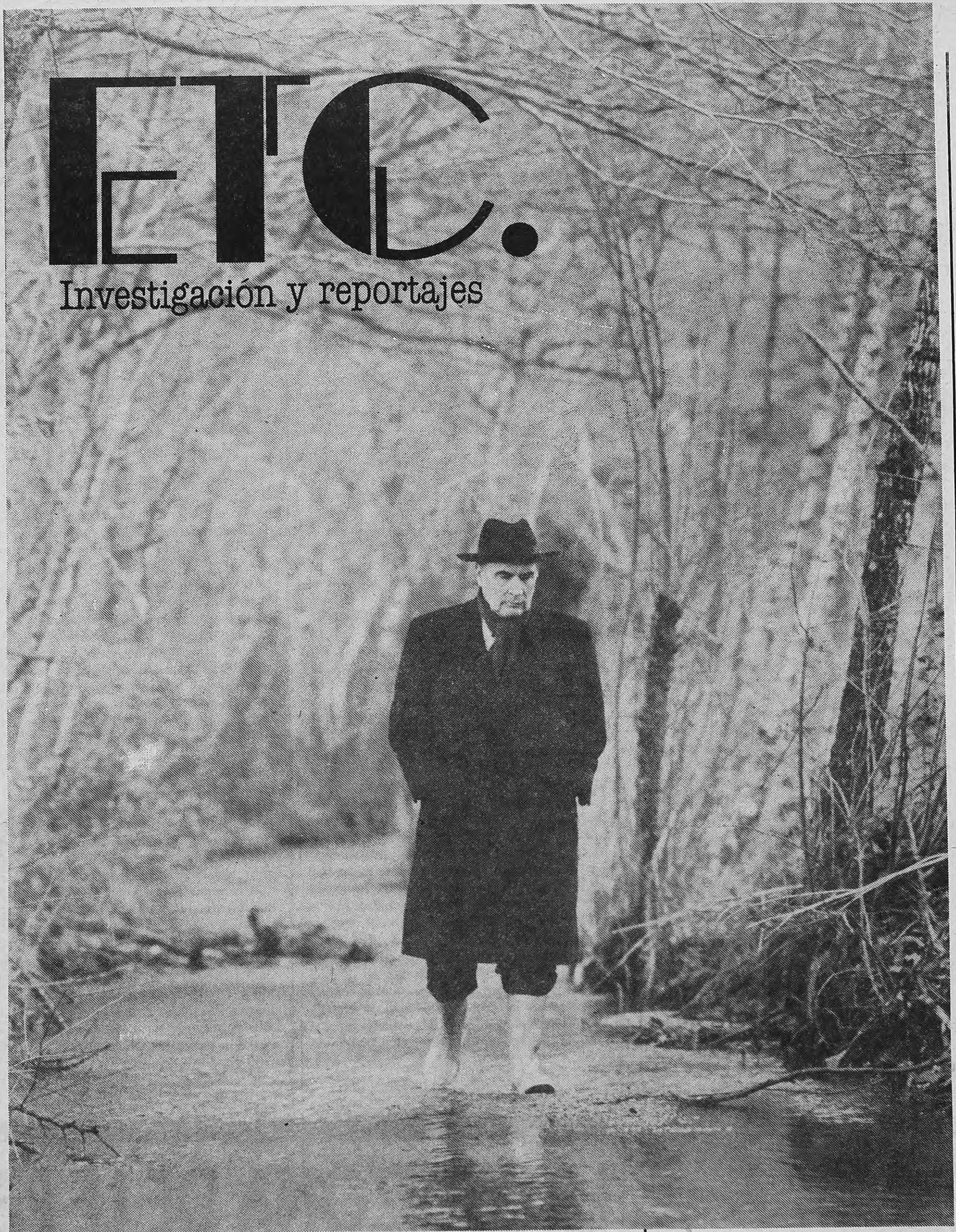
LA VISITA DE MITTERRAND



MONSIEUR LE PRESIDENT

La política exterior de Francia se ordena alrededor de algunas ideas simples: la independencia nacional, el equilibrio de los bloques militares en el mundo, la construcción de Europa, el derecho de los pueblos a disponer de ellos mismos, el desarrollo de los países pobres.

Yo le doy importancia a las observaciones de mis censores cuando siento que buscan como yo, pasando por otros caminos, la mejor forma de servir al interés nacional. Para ser breve, los que me contradicen, cuando son serios, me interesan. Sin embargo, me permitirán decirles que los veo muy seguido utilizar lupas para aislar un hecho de los que lo preceden y de los que lo siguen, a tal punto de privarse de una visión conjunta. Deseo con estos textos, convencerlos de la unidad de una marcha que exprese de una punta a la otra la ambición que, por instinto, por pasión, por razón yo tengo por Francia. Tan lejos como me remonte en mis orígenes, yo he nacido de ella y de una de sus provincias, y estoy muy orgulloso, maravillándome de la renovación permanente que le dan las sucesivas inmigraciones a las que ella debe parte de su grandeza.

Para comenzar, tomaré un ejemplo de esta unidad. Recordarán sin duda que en 1983, aprobé la instalación, en Alemania Federal de los cohetes americanos Pershing II. Eso me costó ser acusado de atlantismo, sobreentendido, de sumisión a los designios del señor Reagan. La imputación tenía esto de pintoresco, que ella emanaba no de la dirección del Partido Comunista, entonces asociado al gobierno de Pierre Mauroy, sino de los medios conservadores. ¡El atlantismo como pecado! Miren, pensé, Tartufo que se confiesa. Eso no podía molestarme. Mi voto favorable a la Alianza Atlántica, que pronto cumplirá cuarenta años, aún me satisface. Indemne a toda obsesión antisoviética, continúo creyendo que el peor daño para nosotros, como para todos los vecinos de Europa Occidental, sería precisamente que América se alejara de las orillas de nuestro continente. Reflexión que no altera para nada mis reservas sobre diversos aspectos de la política de los Estados Unidos. Hace poco expresé mi desacuerdo sobre la intervención norteamericana en El Salvador y en Nicaragua. Yo fui franco con el presidente Reagan, a quien encontré por primera vez en la reunión cumbre de Ottawa, en julio de 1981, y no dejé en el futuro de repetírselo. Recordemos aquí los términos de un diálogo hoy público y que yo llevé a varias tribunas incluida la del Congreso americano. Le expresé a Ronald Reagan mi convicción de que las intrusiones de su gobierno en América Central mantenían un trágico contrasentido, que los pueblos de esta región luchaban por una doble liberación, económica y política, que ellos estaban en su derecho de esperar que Occidente los comprendiera y los ayudara en nombre de su moral y de su propia historia, y que la manera más segura de abrir una ruta al comunismo era conduciendo a los movimientos revolucionarios a buscar en Moscú el dinero y las armas que necesitan, antes de que lleguen por la misma ruta, las ideas. Para él, el comunismo sostenía la revolución. Si él lo traía, el incendio se propagaría, según las reglas de una estrategia madurada después de Lenin. Los Estados Unidos no podían aceptar una amenaza semejante en sus puertas. Por no haber actuado a tiempo, el enfrentamiento tomaría tal amplitud que la paz en el mundo estaría comprometida.

Volveré sobre este debate. Pero observo que en Francia los medios de la oposición, que parecen disgustados por el hecho de que se pueda aprobar acá y desaprobar allá, a nuestro poderoso aliado, denuncian como una contradicción lo que a mis ojos constituye la coherencia misma de nuestra política exterior. ¿Qué? ¿No se puede sin escándalo rechazar a la vez el armamentismo soviético y la intervención americana? ¿Francia debe limitar sus elecciones a las elecciones de un maestro o de un modelo y renunciar a ser lo que los siglos hicieron de ella? Esta ligereza me sorprende. Sin embargo, era fácil comprender que, en un caso y en el otro, se trataba para mí, tomando en cuenta dos principios de nuestra política exterior como son, el equilibrio entre los bloques, único garante de la paz, y el derecho de los pueblos a la autodeterminación, único fundamento de una sociedad de derecho, de afirmar un tercero: la independencia de Francia.

Yo no considero un deber volver sobre ciertos temas que constituyen la base y el fondo de la mayoría de mis intervenciones públicas.

Por ejemplo, el desarrollo de los países pobres. Se sabe lo que yo pienso: al no reducir la diferencia que, al contrario, se agranda entre los países pobres y los países ricos, se condena al mundo a rupturas sin perdón. Ahora bien, la caída del dólar, nueva variación y no la última de la moneda-reina, aumenta, si es posible, la amplitud de este desastre en que se ha convertido el endeudamiento, desastre para los países que tomaron prestado, en los que producir ya no tiene sentido, desastre para los países que prestaron que esperan –si no se movilizan– un crack sin precedentes. Yo no experimentaría la más mínima satisfacción de haber alertado en el nombre de Francia desde julio de 1981 a los dirigentes de los grandes países industriales sobre la terrible ausencia de un orden económico más justo y de su corolario, un sistema monetario más estable: la debacle que se prepara no perdonará a nadie. Yo prefiero esperar que juntos comprendamos que no hay más tiempo que perder.

Pero no es sólo un asunto de dinero. Esos miles de seres humanos tambaleando por una tasa de cambio, ¿a qué predicador sobre los derechos del hombre podrán escuchar sin reírse o sin llorar? Los Derechos del Hombre, con las mayúsculas que les prestan los discursos oficiales, están en el centro de todo. No hay política exterior que, a fin de cuentas, no se defina más que por ellos, según ella sirva a la libertad o la aprisione, que ayude a vivir o la mate.

(*) F. Mitterrand: Reflexiones sobre la política exterior de Francia.

MITTERRAND
DOS REPUBLICAS
DOS BIOGRAFIAS

Ahora que ya lleva más de seis años vistiendo los hábitos solemnes de presidente de la V República, los franceses suelen llamarlo la "esfinge", tal es la maestría que adquirió en el ejercicio de la función altiva, lacónica y providencial que el general Charles de Gaulle creó tras el golpe de Estado de 1958. Republicano de toda la vida, Mitterrand se siente hoy a sus anchas en el cargo de resonancias casi monárquicas que corona las instituciones de la república que nació con la sedición fascistizante de los militares franceses en Argelia. Juega con los silencios como con las estocadas oportunas, espera sin duda como el maestro De Gaulle que esté a punto de vencer el plazo legal para dejar caer sobre la patria expectante la bendición de su candidatura a un nuevo período presidencial.

Duda sólo entre consumar el triunfo que se ha ganado de antemano –jugando con destreza exquisita en un tablero constitucionalmente volcado siempre a favor del presidente–, y los halagos de la posteridad, que le exigirían ahora un retiro para dejar pasear por sus recuerdos su pluma, mucho más entrenada que la de cualquiera de los estadistas inmortalizados por sus propias memorias. La tentación autobiográfica es grande para quien titubeó en sus estudios entre dos senderos de la palabra, el derecho y la literatura, y terminó cosechando diplomas en ambos.

¿Pero cómo lanzarse a los 71 años a hacer un balance, cuando aún se tiene la oportunidad de darle un último golpe de sentido a una carrera que navegó toda una vida en las aguas ambiguas de un pragmatismo primordial, condición ineludible para una frecuentación asidua del poder? De retirarse en 1988, ¿pasaría a la historia como un viejo político de la IV República parlamentarista, enemigo irreconciliable de De Gaulle, que supo sin embargo utilizar las instituciones creadas por el general derechista para llevar a la izquierda al poder, lanzando desde allí la más profunda ola de nacionalizaciones que haya experimentado una potencia capitalista? ¿O más bien como un burgués progresista que montado sobre la revuelta obrero-estudiantil de 1968 aterriza en el Partido Socialista en 1971, lo cambia de arriba a abajo, lo lleva al triunfo junto con los comunistas en 1981, y apenas un año después le hace aplicar desde el gobierno un programa de austeridad y reconversión industrial que se va endureciendo hasta demoler las esperanzas de cambio social de toda una generación? De hecho pueden imaginarse dos biografías políticas.

Biografía I

Es en una el abogado y periodista Mitterrand, hijo de un ferroviario que llegó a convertirse en industrial, y sin vínculos con la Sección Francesa de la Internacional Obrera (SFIO, como se llamaba entonces el PS), hace carrera a la cabeza de un minúsculo partido propio en los gabinetes de la inestable república parlamentarista nacida en 1946. Es ministro de Estado en 1952-53, mientras el ejército de su país libra la guerra colonialista contra los vietnamitas, y del Interior en 1954-55, bajo el gobierno (no integrado por la SFIO) de Pierre Mendes France, del Partido Radical. Mendes France, que sube unas semanas después de la derrota francesa en Dien Bien Phu, a manos del Vietminh, responde con un "no cederé al independentismo", cuando el Frente de Liberación Nacional de Argelia lanza a fines del mismo año una campaña insurreccional en 70 ciudades simultáneamente. Su ministro, Mitterrand, se pronuncia simplemente por la "integración" de la Argelia colonial a Francia. A medida que la campaña del FLN avanza, los políticos de la IV República empiezan a estudiar salidas más realistas, pero el ejército ya está muy embarcado en la guerra sucia, y se subleva en Argel en 1958, exigiendo la entrega del poder a De Gaulle, quien "accede" y hace votar en referendo la V República.

Mitterrand, que según versiones estaba a punto de ser nombrado jefe de gobierno en la República que agonizaba (era ministro de estado en 1956-57 bajo el gobierno Guy Mollet), hace tras la aceptación del general un diagnóstico certero: "Tenemos por lo menos para 10 años". Fueron once, en sentido estricto (de Gaulle se retiró en 1969 tras su primera derrota en un referendo), y 23 si se toman en cuenta todos los gobiernos de derecha hasta 1981. Desde el inicio, el joven, pero ya experimentado político saca además la lección fundamental: han quedado enterradas las posibilidades del centrismo, de los gobiernos radicales-socialistas, de las variantes ambiguas que permitía la IV República. El propio sistema electoral creado para todos los cargos por la constitución gaullista, con el célebre *ballotage* (segunda vuelta para dirimir entre los dos primeros candidatos), garantiza la polarización y por esa vía la perpetuación de la derecha en el poder, a menos que un Partido Socialista totalmente desembarazado del furibundo anticomunismo de la guerra fría (como el que padece su ex jefe de gobierno Guy Mollet) compita con el Partido Comunista (mucho mayor que la SFIO por entonces) en su propio terreno, la neta izquierda, y crezca a su lado (en alianza con él) hasta conquistar aunque más no sea una ligerísima ventaja sobre éste. El sistema electoral se encargaría de agrandar la ventaja y recrear así las condiciones para un centrismo de nuevo cuño, pues no sólo favorece a quienes encabezan las preferencias nacionales, sino también, dentro de cada campo de la polarización, a quienes lideran las respectivas alianzas. Mitterrand difícilmente haya previsto entonces que además se vería ayudado por el desprestigio que acarrearían los comunistas, hechos externos (como la invasión a Checoslovaquia en 1968), pero sobre todo por la propia esclerosis staliniana de la dirección del PC (Georges Marchais), que a medida que avanzaba la nueva estrategia socialista atacaba a Mitterrand, convertido ya en la esperanza de toda la izquierda, con torpeza creciente, mientras éste se entrenaba en el arte de recibir golpes y repartir besos.

Biografía II

Pero eso pertenece a la segunda biografía, la del socialista "ancré a gauche" (anclados a la izquierda). La primera puede prolongarse desde su participación casi permanente en los gobiernos más o menos colonialistas de la IV República, hasta la continuación a partir de 1981 de diversos lineamientos claves de la política exterior de sus predecesores al frente de la IV República. Entre otros: envío de tropas al Chad para contrarrestar la injerencia Libia, respaldo al régimen más reaccionario de Africa del Norte, el del rey Hassan de Marruecos, que está en guerra contra el Polisario tras anexarse con su inefable "marcha verde" todo el Sahara Occidental.

Al mismo registro pertenecen sin duda otros hechos, como el hundimiento del barco ecologista Rainbow-Warrior, por orden de su ministro de Defensa y brazo derecho en el copamiento del flamante Partido Socialista en 1971, Charles Hernu. Este concibió de esa manera contundente el cumplimiento de las directivas públicamente reiteradas por Mitterrand aún después del incidente: "impedir, *si es necesario por la fuerza*" cualquier intrusión en la zona del atolón de Muruoa, donde Francia sigue efectuando explosiones atómicas a pesar de las protestas de todo el mundo.

Dos años antes que los ecologistas de *Greenpeace*, los socialdemócratas alemanes había tenido ya ocasión de experimentar otros aspectos imprevisibles del socialista "ancré a gauche": en plena campaña electoral, mientras el partido de Willy Brandt intentó adecuar su postura a las gigantescas manifestaciones que recorrían Alemania para impedir la instalación de los misiles norteamericanos Pershing II, Mitterrand fue recibido en visita oficial por Helmut Kohl, el democristiano que acababa de poner fin a 14 años de gobiernos socialdemócratas, gracias a los demoliberales, que abandonaron meses antes el gobierno de Helmut Schmidt para acelerar el despliegue de los misiles. En un discurso ante el parlamento alemán, Mitterrand defendió a brazo partido el despliegue. Corría el año 1983, todavía la derecha no había levantado cabeza en Francia con las gigantescas manifestaciones en defensa de la educación privada, y el premier Pierre Mauroy no había sido reemplazado por el más centrista Laurent Fabius (1984).

Imagen de izquierda

¿Es de extrañar que un presidente socialista haya podido cohabitar con el gobierno derechista del premier Jacques Chirac, salido de las elecciones de 1986? Lo sorprendente es más bien cómo a pesar de todo, Mitterrand pudo conservar una imagen de izquierda, y cómo –aun consustanciado con la magnificencia heredada de su adversario De Gaulle– pudo usar la institución presidencial para mantener vigente en plena ola conservadora mundial un discurso progresista, basado en su apoyo a Nicaragua, en el reconocimiento diplomático de la guerrilla salvadoreña, en sus amistades con intelectuales de la izquierda, en el papel jugado por su esposa Danielle en su solidaridad con las Madres de Plaza de Mayo, y en las permanentes exhortaciones a retomar el camino de la solidaridad social. La dimensión iluminista que Mitterrand le dio a pesar de todo al cargo, resaltada por la proliferación simultánea y contrastante del racismo y la ultraderecha en el país, contribuyó a la tarea más inmediata que tal vez tiene por delante el Viejo Continente, antes de que puedan prosperar demasiado nuevas formas sociales: la unidad europea.

Desde el Plan Eureka, hasta la unidad militar franco-alemana en estudio, es en el terreno de la Comunidad Europea donde la figura de Mitterrand, alcanza mayor vuelo.

De presentarse y triunfar en las próximas elecciones, Mitterrand podría disolver el parlamento para obtener un gobierno de izquierda, pero es difícil que intente reflotar el programa social que aplicó en 1981 o renacionalizar las empresas reprivatizadas por Chirac.

Su ya consagrada nueva vocación centrista, resta aún más terreno en el PS a Michel Rocard, eternamente ubicado a su derecha. El partido acepta los timonazos hacia el centro sólo cuando vienen del hombre que supo mantenerse desde 1959 como gran opositor de De Gaulle, adoptó una actitud abierta hacia los comunistas, llevó a los socialistas al poder... y, como si esto fuera poco, redujo al electorado comunista al 10%.

LA PONZOÑA DE LE PEN ENVENENA A LA DERECHA

HIENA apestosa!" Jean Marie Le Pen escupe su insulto. El aludido, un conocido periodista de la televisión, no se queda corto al responder. "¡Hurón tuerto!", "¡ojo de chacal!" La terminología zoológica sustituye al debate civilizado. Es el efecto devastador del discurso lepenista en la Francia de hoy, justo cuando el proceso en Lyon del nazi Klaus Barbie trae a la memoria el recuerdo atroz de aquellos años de odio y exclusiones.

Un ministro de Jacques Chirac cree que ha llegado la hora de parar a Le Pen, en nombre de los valores democráticos, y recuerda a sus colegas de gobierno que más vale perder las elecciones que sacrificar el alma. Cuando Chirac se entera de esta toma de posición pública de su ministro de Comercio monta en cólera y convoca al culpable.

Michel Noir se presenta en Matignon y Chirac lo reta: "O te callás o renunciás". Jacques Chirac ha cedido a la estrategia de su ministro de Interior, Charles Pasqua, quien está convencido de que para ganar las elecciones hay que pescar en las aguas del Frente Nacional. Y para eso, Pasqua necesita ministros mudos ante los excesos ultrajantes de Le Pen.



En consejo de ministros, el maestro Chirac toca el silbato que pone fin al recreo: "A trabajar y a callar". La orden no se dirige sólo a Michel Noir, sino a toda la joven guardia de la derecha: Michèle Barzac, Claude de Malhuret, François Leotard, Philippe Seguin. Todos estos ministros, a diferencia de los barones gaullistas o liberales, creen en la

MITTERRAND
DOS REPUBLICAS
DOS BIOGRAFIAS

Ahora que ya lleva más de seis años vistiendo los hábitos solemnes de presidente de la V República, los franceses suelen llamarlo la ''esfinge'', tal es la maestría que adquirió en el ejercicio de la función altiva, lacónica y providencial que el general Charles de Gaulle creó tras el golpe de Estado de 1958. Republicano de toda la vida, Mitterrand se siente hoy a sus anchas en el cargo de resonancias casi monárquicas que corona las instituciones de la república que nació con la sedición fascistizante de los militares franceses en Argelia. Juega con los silencios como con las estocadas oportunas, espera sin duda como el maestro De Gaulle que esté a punto de vencer el plazo legal para dejar caer sobre la patria expectante la bendición de su candidatura a un nuevo período presidencial.

Duda sólo entre consumar el triunfo que se ha ganado de antemano –jugando con destreza exquisita en un tablero constitucionalmente volcado siempre a favor del presidente–, y los halagos de la posteridad, que le exigirían ahora un retiro para dejar pasear por sus recuerdos su pluma, mucho más entrenada que la de cualquiera de los estadistas inmortalizados por sus propias memorias. La tentación autobiográfica es grande para quien titubeó en sus estudios entre dos senderos de la palabra, el derecho y la literatura, y terminó cosechando diplomas en ambos.

¿Pero cómo lanzarse a los 71 años a hacer un balance, cuando aún se tiene la oportunidad de darle un último golpe de sentido a una carrera que navegó toda una vida en las aguas ambiguas de un pragmatismo primordial, condición ineludible para una frecuentación asidua del poder? De retirarse en 1988, ¿pasaría a la historia como un viejo político de la IV República parlamentarista, enemigo irreconciliable de De Gaulle, que supo sin embargo utilizar las instituciones creadas por el general derechista para llevar a la izquierda al poder, lanzando desde allí la más profunda ola de nacionalizaciones que haya experimentado una potencia capitalista? ¿O más bien como un burgués progresista que montado sobre la revuelta obrero-estudiantil de 1968 aterriza en el Partido Socialista en 1971, lo cambia de arriba a abajo, lo lleva al triunfo junto con los comunistas en 1981, y apenas un año después le hace aplicar desde el gobierno un programa de austeridad y reconversión industrial que se va endureciendo hasta demoler las esperanzas de cambio social de toda una generación? De hecho pueden imaginarse dos biografías políticas.

Biografía I

Es en una el abogado y periodista Mitterrand, hijo de un ferroviario que llegó a convertirse en industrial, y sin vínculos con la Sección Francesa de la Internacional Obrera (SFIO, como se llamaba entonces el PS), hace carrera a la cabeza de un minúsculo partido propio en los gabinetes de la inestable república parlamentarista nacida en 1946. Es ministro de Estado en 1952-53, mientras el ejército de su país libra la guerra colonialista contra los vietnamitas, y del Interior en 1954-55, bajo el gobierno (no integrado por la SFIO) de Pierre Mendes France, del Partido Radical. Mendes France, que sube unas semanas después de la derrota francesa en Dien Bien Phu, a manos del Vietminh, responde con un ''no cederé al independentismo'', cuando el Frente de Liberación Nacional de Argelia lanza a fines del mismo año una campaña insurreccional en 70 ciudades simultáneamente. Su ministro, Mitterrand, se pronuncia simplemente por la ''integración'' de la Argelia colonial a Francia. A medida que la campaña del FLN avanza, los políticos de la IV República empiezan a estudiar salidas más realistas, pero el ejército ya está muy embarcado en la guerra sucia, y se subleva en Argel en 1958, exigiendo la entrega del poder a De Gaulle, quien ''accede'' y hace votar en referendo la V República.

Mitterrand, que según versiones estaba a punto de ser nombrado jefe de gobierno en la República que agonizaba (era ministro de estado en 1956-57 bajo el gobierno Guy Mollet), hace tras la aceptación del general un diagnóstico certero: ''Tenemos por lo menos para 10 años''. Fueron once, en sentido estricto (de Gaulle se retiró en 1969 tras su primera derrota en un referendo), y 23 si se toman en cuenta todos los gobiernos de derecha hasta 1981. Desde el inicio, el joven, pero ya experimentado político saca además la lección fundamental: han quedado enterradas las posibilidades del centrismo, de los gobiernos radicales-socialistas, de las variantes ambiguas que permitía la IV República. El propio sistema electoral creado para todos los cargos por la constitución gaullista, con el célebre *ballotage* (segunda vuelta para dirimir entre los dos primeros candidatos), garantiza la polarización y por esa vía la perpetuación de la derecha en el poder, a menos que un Partido Socialista totalmente desembarazado del furibundo anticomunismo de la guerra fría (como el que padece su ex jefe de gobierno Guy Mollet) compita con el Partido Comunista (mucho mayor que la SFIO por entonces) en su propio terreno, la neta izquierda, y crezca a su lado (en alianza con él) hasta conquistar aunque más no sea una ligerísima ventaja sobre éste. El sistema electoral se encargaría de agrandar la ventaja y recrear así las condiciones para un centrismo de nuevo cuño, pues no sólo favorece a quienes encabezan las preferencias nacionales, sino también, dentro de cada campo de la polarización, a quienes lideran las respectivas alianzas. Mitterrand difícilmente haya previsto entonces que además se vería ayudado por el desprestigio que acarrearían los comunistas, hechos externos (como la invasión a Checoslovaquia en 1968), pero sobre todo por la propia esclerosis staliniana de la dirección del PC (Georges Marchais), que a medida que avanzaba la nueva estrategia socialista atacaba a Mitterrand, convertido ya en la esperanza de toda la izquierda, con torpeza creciente, mientras éste se entrenaba en el arte de recibir golpes y repartir besos.

Biografía II

Pero eso pertenece a la segunda biografía, la del socialista ''ancré a gauche'' (anclados a la izquierda). La primera puede prolongarse desde su participación casi permanente en los gobiernos más o menos colonialistas de la IV República, hasta la continuación a partir de 1981 de diversos lineamientos claves de la política exterior de sus predecesores al frente de la IV República. Entre otros: envío de tropas al Chad para contrarrestar la injerencia Libia, respaldo al régimen más reaccionario de Africa del Norte, el del rey Hassan de Marruecos, que está en guerra contra el Polisario tras anexarse con su inefable ''marcha verde'' todo el Sahara Occidental.

Al mismo registro pertenecen sin duda otros hechos, como el hundimiento del barco ecologista Rainbow-Warrior, por orden de su ministro de Defensa y brazo derecho en el copamiento del flamante Partido Socialista en 1971, Charles Hernu. Este concibió de esa manera contundente el cumplimiento de las directivas públicamente reiteradas por Mitterrand aún después del incidente: ''impedir, *si es necesario por la fuerza*'' cualquier intrusión en la zona del atolón de Muruoa, donde Francia sigue efectuando explosiones atómicas a pesar de las protestas de todo el mundo.

Dos años antes que los ecologistas de *Greenpeace*, los socialdemócratas alemanes había tenido ya ocasión de experimentar otros aspectos imprevisibles del socialista ''ancré a gauche'': en plena campaña electoral, mientras el partido de Willy Brandt intentó adecuar su postura a las gigantescas manifestaciones que recorrían Alemania para impedir la instalación de los misiles norteamericanos Pershing II, Mitterrand fue recibido en visita oficial por Helmut Kohl, el democristiano que acababa de poner fin a 14 años de gobiernos socialdemócratas, gracias a los demoliberales, que abandonaron meses antes el gobierno de Helmut Schmidt para acelerar el despliegue de los misiles. En un discurso ante el parlamento alemán, Mitterrand defendió a brazo partido el despliegue. Corría el año 1983, todavía la derecha no había levantado cabeza en Francia con las gigantescas manifestaciones en defensa de la educación privada, y el premier Pierre Mauroy no había sido reemplazado por el más centrista Laurent Fabius (1984).

Imagen de izquierda

¿Es de extrañar que un presidente socialista haya podido cohabitar con el gobierno derechista del premier Jacques Chirac, salido de las elecciones de 1986? Lo sorprendente es más bien cómo a pesar de todo, Mitterrand pudo conservar una imagen de izquierda, y cómo –aun consustanciado con la magnificencia heredada de su adversario De Gaulle– pudo usar la institución presidencial para mantener vigente en plena ola conservadora mundial un discurso progresista, basado en su apoyo a Nicaragua, en el reconocimiento diplomático de la guerrilla salvadoreña, en sus amistades con intelectuales de la izquierda, en el papel jugado por su esposa Danielle en su solidaridad con las Madres de Plaza de Mayo, y en las permanentes exhortaciones a retomar el camino de la solidaridad social. La dimensión iluminista que Mitterrand le dio a pesar de todo al cargo, resaltada por la proliferación simultánea y contrastante del racismo y la ultraderecha en el país, contribuyó a la tarea más inmediata que tal vez tiene por delante el Viejo Continente, antes de que puedan prosperar demasiado nuevas formas sociales: la unidad europea.

Desde el Plan Eureka, hasta la unidad militar franco-alemana en estudio, es en el terreno de la Comunidad Europea donde la figura de Mitterrand, alcanza mayor vuelo.

De presentarse y triunfar en las próximas elecciones, Mitterrand podría disolver el parlamento para obtener un gobierno de izquierda, pero es difícil que intente reflotar el programa social que aplicó en 1981 o renacionalizar las empresas reprivatizadas por Chirac.

Su ya consagrada nueva vocación centrista, resta aún más terreno en el PS a Michel Rocard, eternamente ubicado a su derecha. El partido acepta los timonazos hacia el centro sólo cuando vienen del hombre que supo mantenerse desde 1959 como gran opositor de De Gaulle, adoptó una actitud abierta hacia los comunistas, llevó a los socialistas al poder... y, como si esto fuera poco, redujo al electorado comunista al 10%.

LA PONZOÑA DE LE PEN ENVENENA A LA DERECHA

HIENA apestosa!'' Jean Marie Le Pen escupe su insulto. El aludido, un conocido periodista de la televisión, no se queda corto al responder. ''¡Hurón tuerto!'', ''¡ojo de chacal!'' La terminología zoológica sustituye al debate civilizado. Es el efecto devastador del discurso lepenista en la Francia de hoy, justo cuando el proceso en Lyon del nazi Klaus Barbie trae a la memoria el recuerdo atroz de aquellos años de odio y exclusiones.

Un ministro de Jacques Chirac cree que ha llegado la hora de parar a Le Pen, en nombre de los valores democráticos, y recuerda a sus colegas de gobierno que más vale perder las elecciones que sacrificar el alma. Cuando Chirac se entera de esta toma de posición pública de su ministro de Comercio monta en cólera y convoca al culpable.

Michel Noir se presenta en Matignon y Chirac lo reta: ''O te callás o renunciás''. Jacques Chirac ha cedido a la estrategia de su ministro de Interior, Charles Pasqua, quien está convencido de que para ganar las elecciones hay que pescar en las aguas del Frente Nacional. Y para eso, Pasqua necesita ministros mudos ante los excesos ultrajantes de Le Pen.



En consejo de ministros, el maestro Chirac toca el silbato que pone fin al recreo: ''A trabajar y a callar''. La orden no se dirige sólo a Michel Noir, sino a toda la joven guardia de la derecha: Michèle Barzac, Claude Malhuret, François Leotard, Philippe Seguin. Todos estos ministros, a diferencia de los barones gaullistas o liberales, creen en la necesidad de un combate ideológico contra las tesis del Frente Nacional.

''Cortejar a Le Pen o coquetear con las ideas lepenistas no es sólo perder el alma, sino también las elecciones'', dice Claude Malhuret, convencido de que los esfuerzos para atraer al voto ultra son en vano. Sin contar con que están alejando al electorado centrista. No es la opinión de la vieja guardia –Mess mer o Barre o Gaudin– que está dispuesta a hacer lepenismo sin Le Pen. Algunos, incluso con Le Pen, tal como demuestra la alianza de la derecha con el Frente Nacional en el gobierno de varias regiones.

Pero, ¿cómo callar cuando Le Pen dice en un programa de máxima audiencia que los ''sidaicos'' son ''contagiosos por la transpiración, las lágrimas y la saliva'' y propone ''sidatoriums''? La ministra de Salud, Michèle Barzac, salta a la palestra y lamenta que una enfermedad salga de los hospitales para transformarse en arma política. La ministra, y los responsables de la lucha contra el SIDA, ponen los puntos sobre las íes al discurso demagógico de Le Pen.

''El SIDA da miedo, pero más miedo me da su demagogia y su odio'', responde Barzac a Le Pen. El doctor Bachelot, del Frente Nacional, responde a la ministra acusándola de ''cómplice del genocidio'' que el SIDA y sus portadores están a punto de consumar. Y es que Le Pen, hábil maniobrero, se ha dado cuenta de que Pasqua no le deja espacio en los temas de terrorismo y ha cambiado de caballo de batalla. Su guerra es ahora contra los ''sidaicos'' y contra los árabes inmigrantes.

''Si hiciéramos caso a Le Pen no tendríamos equipos de fútbol'', dice Philippe Seguin, ministro de Asuntos Sociales, aludiendo a las estrellas deportivas francesas, en su mayoría de origen extranjero, Platini, Fernández, Noah... Pero, como siempre, el discurso generoso de Seguin, un gaullista, es destruido por la estrepitosa frase de Pasqua: ''Se me ha reprochado el charter en el que expulsé a emigrantes ilegales, si es preciso no vacilaré en mandarlos por tren''.

Pronunciada justo cuando en Lyon se discutía del ''último convoy de la muerte'' en el que Barbie deportó a los judíos, la frase es de un gusto dudoso... Una vez más, la táctica electoral por encima de los principios. Paralelamente, en la Sorbona, en un encuentro con los jóvenes, el jefe del Estado, encontraba el tono justo de charla junto a la chimenea.

Tampoco los socialistas están libres de culpa en la consolidación del lepenismo. Por oportunismo electoral, para privar a la derecha de una mayoría aplastante, implantaron el escrutinio proporcional, permitiendo así a Le Pen tener un grupo parlamentario propio, con lo que eso supone de legitimidad y, por lo tanto, de respetabilidad para el torturador en Argelia.

Esa vieja Francia populista y racista a la que el general De Gaulle había vencido y hecho callar renace como un ave fénix gracias al discurso inflamado de Le Pen, alimentado al calor de una crisis económica que dura ya trece años, y a la que todavía no se le ve salida en la medida en que la política económica de la derecha se está revelando tan ineficaz como la de los socialistas.

En la derecha, muchos creen que Le Pen se hundirá solo, por los excesos de su propio discurso. Y que no hay que darle ''marcha'' entrando en polémica con él. Es la opinión de Chirac. El problema, y Chirac lo sabe, es que aunque sólo un diez por ciento de los franceses votaran a Le Pen, uno de cada cuatro cree que plantea los temas esenciales. Suficiente como para quitar el sueño al estado mayor del primer ministro y al propio Chirac.

Le Pen no ha perdido ni un solo elector desde 1984, pese a las propuestas seductoramente autoritarias de Pasqua. Y aunque tampoco ha ganado, su influencia supera con mucho a la de sus votantes.

Es el dilema planteado a la derecha por Le Pen, que, sin buscarlo, está acelerando la descomposición del gaullismo, un partido interclasista más que una derecha clásica como los conservadores británicos o alemanes. De agudizarse la brecha generacional dentro de la derecha ante el fenómeno Le Pen, Francia puede ir a un nuevo mapa político.

Igual que en la izquierda los socialistas supieron marginalizar a los comunistas, una nueva derecha acabaría marginalizando al Frente Nacional. Pero esa nueva derecha sería la de la joven generación. Sobre todo si –en este intento de nadar y guardar la ropa– quien gana las presidenciales es François Mitterrand.

DEPORTE FRANCES

EN BUSCA DEL PREMIO PERDIDO

Después de haber abolido los privilegios, los franceses se desviven por conseguir algún galardón que los distinga del resto.

Para reconstruir la batalla histórica del libreto, el director había reunido a una enorme cantidad de actores, caballos, cañones, banderas y sobre todo extras reclutados masivamente en el lugar del rodaje. Algunos fueron vestidos de soldados; los otros, menos numerosos, de oficiales. Al cabo de una semana los supuestos oficiales habían formado una banda aparte y comían por separado.

La escena, por supuesto, sucedía en Francia. Un país tironeado por dos pasiones contradictorias: por un lado la igualdad, por otro la distinción. Después de haber abolido los privilegios, los franceses están a la busca de toda clase de favores. Es la consecuencia de un individualismo democrático nacido de la revolución jacobina: una ley igual para todos que tiene preferencia por cada uno y que reconstituye nuevas jerarquías sobre la ruina de las antiguas.

Clasificar, distinguir, jerarquizar: la paradoja es que esta sociedad de premios es el retoño directo de las doctrinas de derecho natural y de igualdad. El antiguo régimen, la revolución y los tiempos modernos no han dejado de conspirar para hacer de Francia el país de la distinción.

Un extranjero que visita Francia por primera vez y quiere comprender qué mueve a sus habitantes debería encarar dos lecturas. La primera es la de las promociones de la Legión de Honor, donde los pequeños acreedores de los grandes de este mundo forman una red cerrada de la Francia notable: influencia, intriga, mérito y talento traman el tejido melancólico de vanidades envejecidas. La otra es la guía Michelin del año; allí triunfa el genio nacional de la clasificación, inmensas patas de araña de una gastronomía imaginaria permiten, sin dejar el sillón, comparar a cada instante el *fois gras* de chez Flo con el de Haeberlin y decidir si la pavita de Alain Chapel es mejor que la de Mère Brazier.

No se goza, se califica

Aquí no se toman los vinos: se los degusta; no se goza, se califica. Francia es un inmenso jurado permanente en sesión, que evalúa incansablemente a sus escolares, y sus cocineros, sus industriales y sus prostitutas, sus hombres políticos y sus iglesias. En todas las disciplinas el juicio está por encima de la obra, la crítica sobre la novela, el inspector sobre el profesor. Los escritores, los pintores, los comediantes no trabajan más que para la crítica, a tal punto que se desanima a los principiantes.

Hoy se vive el apogeo y la degeneración del sistema. La escuela es la prueba más significativa de la evolución. A fines de 1968 la locura del examen había llegado a tales proporciones que surgió una viva reacción en sentido opuesto. Los desgraciados escolares se vieron privados bruscamente de toda nota, clasificación o premio. Surgieron extraños sistemas donde las letras formaban, junto con signos aritméticos, conjuntos que se consideraban menos traumáticos que las cifras puras. Si era B o C- y nadie comprendía nada. El péndulo había cambiado con tanta rapidez que jueces, agrimensores, testeadores, medidores, examinadores y evaluadores de toda calaña vieron llegar el momento en que perderían sus empleos.

Ahora prevalece nuevamente la borrachera crítica, y no es exagerado decir que la verificación de los conocimientos ocupa tanto tiempo en la vida escolar como su adquisición. Se intentó en la medida de lo posible sustituir el control continuo por el examen final. Hoy el examen es obligatorio pero el control continúa. Como resultado, el año escolar de algunos de los mejores establecimientos consiste en una furiosa carrera de obstáculos, donde a los exámenes de ingreso les sigue una cascada de parciales, exámenes anexados, materias optativas, exámenes finales: todo en una borrasca de coeficientes, promedios, notas eliminatorias, notas de amor y desquites de todo tipo.

Consagrados o conmemorados

La distribución de premios, juzgados infantiles para los niños, hace las delicias de los adultos y las buenas noches de la televisión. Cuatro o cinco veces al año se propone a una cantidad de actores, cantantes, ''creativos'', que se entrecondecoran, se entrefelicitan y nombran mutuamente en medio de un diluvio de oscars, césares, victorias y sietes de oro. Se condecora a los jóvenes, se consagra a los adultos y se conmemora a los viejos.

Quién puede creerse distinguido cuando todos reciben distinciones. Existen actualmente mil quinientos premios literarios por año. En cuanto al mundo de los negocios, la sola enumeración de los principales galardones resulta descorazonante. Hay premios a la hazaña profesional, a la mujer de negocios, a la calidad industrial, a la exportación artesanal...

El camino va de la autosatisfacción al infantilismo, del infantilismo a la descerebración. Es el caso del Top 50: la clasificación de los discos de 45 revoluciones se basa en las ventas semanales y en los movimientos en el ranking. Durante mucho tiempo se creyó que el principal mérito de una canción de moda era que la gente la escuchara o tarareara. Ahora se sabe que lo importante es clasificarla.

No hay necesidad de escucharla: basta con dejar pasar algunas notas a título indicativo.

Después de todo, las radios no hacen más que imitar a la prensa escrita, que difunde desde hace tiempo la lista de best-sellers de novelas y ensayos, como si las cifras de venta pudieran servir de criterio de excelencia.

Es que la excelencia no es hoy más que la ratificación por el éxito. La obsesión moderna de esa excelencia, en el contacto con el mercantilismo, en el ideal de la competencia democrática, sólo transmite a esta altura insipidez y cansancio.



ecesidad de un combate ideológico contra as tesis del Frente Nacional.

"Cortejar a Le Pen o coquetear con las deas lepenistas no es sólo perder el alma, ino también las elecciones", dice Claude Malhuret, convencido de que los esfuerzos ara atraer al voto ultra son en vano. Sin ontar con que están alejando al electorado entrista. No es la opinión de la vieja guardia Mess mer o Barre o Gaudin– que está dispuesta a hacer lepenismo sin Le Pen. Algu- os, incluso con Le Pen, tal como demuestra a alianza de la derecha con el Frente Nacio- al en el gobierno de varias regiones.

Pero, ¿cómo callar cuando Le Pen dice en n programa de máxima audiencia que los "sidaicos" son "contagiosos por la transpi- ación, las lágrimas y la saliva" y propone "sidatoriums"? La ministra de Salud, Mi- hèle Barzac, salta a la palestra y lamenta ue una enfermedad salga de los hospitales ara transformarse en arma política. La mi- istra, y los responsables de la lucha contra l SIDA, ponen los puntos sobre las íes al iscurso demagógico de Le Pen.

"El SIDA da miedo, pero más miedo me a su demagogia y su odio", responde Bar- ac a Le Pen. El doctor Bachelot, del Frente lacional, responde a la ministra acusándola e "cómplice del genocidio" que el SIDA y us portadores están a punto de consumar. Y s que Le Pen, hábil maniobrero, se ha dado uenta de que Pasqua no le deja espacio en os temas de terrorismo y ha cambiado de aballo de batalla. Su guerra es ahora contra os "sidaicos" y contra los árabes inmi- rantes.

"Si hiciéramos caso a Le Pen no tendría- nos equipos de fútbol", dice Philippe Se- uin, ministro de Asuntos Sociales, aludien- o a las estrellas deportivas francesas, en su nayoría de origen extranjero, Platini, Fer- ández, Noah... Pero, como siempre, el dis- urso generoso de Seguin, un gaullista, es estruido por la estrepitosa frase de Pasqua: "Se me ha reprochado el charter en el que xpulsé a emigrantes ilegales, si es preciso o vacilaré en mandarlos por tren".

Pronunciada justo cuando en Lyon se dis- utía del "último convoy de la muerte" en el ue Barbie deportó a los judíos, la frase es de n gusto dudoso... Una vez más, la táctica electoral por encima de los principios. Paralelamente, en la Sorbona, en un encuentro con los jóvenes, el jefe del Estado, encontraba el tono justo de charla junto a la chimenea.

Tampoco los socialistas están libres de culpa en la consolidación del lepenismo. Por oportunismo electoral, para privar a la derecha de una mayoría aplastante, implantaron el escrutinio proporcional, permitiendo así a Le Pen tener un grupo parlamentario propio, con lo que eso supone de legitimidad y, por lo tanto, de respetabilidad para el torturador en Argelia.

Esa vieja Francia populista y racista a la que el general De Gaulle había vencido y hecho callar renace como un ave fénix gracias al discurso inflamado de Le Pen, alimentado al calor de una crisis económica que dura ya trece años, y a la que todavía no se le ve salida en la medida en que la política económica de la derecha se está revelando tan ineficaz como la de los socialistas.

En la derecha, muchos creen que Le Pen se hundirá solo, por los excesos de su propio discurso. Y que no hay que darle "marcha" entrando en polémica con él. Es la opinión de Chirac. El problema, y Chirac lo sabe, es que aunque sólo un diez por ciento de los franceses votaran a Le Pen, uno de cada cuatro cree que plantea los temas esenciales. Suficiente como para quitar el sueño al estado mayor del primer ministro y al propio Chirac.

Le Pen no ha perdido ni un solo elector desde 1984, pese a las propuestas seductoramente autoritarias de Pasqua. Y aunque tampoco ha ganado, su influencia supera con mucho a la de sus votantes.

Es el dilema planteado a la derecha por Le Pen, que, sin buscarlo, está acelerando la descomposición del gaullismo, un partido interclasista más que una derecha clásica como los conservadores británicos o alemanes. De agudizarse la brecha generacional dentro de la derecha ante el fenómeno Le Pen, Francia puede ir a un nuevo mapa político.

Igual que en la izquierda los socialistas supieron marginalizar a los comunistas, una nueva derecha acabaría marginalizando al Frente Nacional. Pero esa nueva derecha sería la de la joven generación. Sobre todo si –en este intento de nadar y guardar la ropa– quien gana las presidenciales es François Mitterrand.

DEPORTE FRANCES

EN BUSCA DEL PREMIO PERDIDO

Después de haber abolido los privilegios, los franceses se desviven por conseguir algún galardón que los distinga del resto.

Para reconstruir la batalla histórica del libreto, el director había reunido a una enorme cantidad de actores, caballos, cañones, banderas y sobre todo extras reclutados masivamente en el lugar del rodaje. Algunos fueron vestidos de soldados; los otros, menos numerosos, de oficiales. Al cabo de una semana los supuestos oficiales habían formado una banda aparte y comían por separado.

La escena, por supuesto, sucedía en Francia. Un país tironeado por dos pasiones contradictorias: por un lado la igualdad, por otro la distinción. Después de haber abolido los privilegios, los franceses están a la busca de toda clase de favores. Es la consecuencia de un individualismo democrático nacido de la revolución jacobina: una ley igual para todos que tiene preferencia por cada uno y que reconstituye nuevas jerarquías sobre la ruina de las antiguas.

Clasificar, distinguir, jerarquizar: la paradoja es que esta sociedad de premios es el retoño directo de las doctrinas de derecho natural y de igualdad. El antiguo régimen, la revolución y los tiempos modernos no han dejado de conspirar para hacer de Francia el país de la distinción.

Un extranjero que visita Francia por primera vez y quiere comprender qué mueve a sus habitantes debería encarar dos lecturas. La primera es la de las promociones de la Legión de Honor, donde los pequeños acreedores de los grandes de este mundo forman una red cerrada de la Francia notable: influencia, intriga, mérito y talento traman el tejido melancólico de vanidades envejecidas. La otra es la guía Michelin del año: allí triunfa el genio nacional de la clasificación, inmensas patas de araña de una gastronomía imaginaria permiten, sin dejar el sillón, comparar a cada instante el *fois gras* de chez Flo con el de Haeberlin y decidir si la pavita de Alain Chapel es mejor que la de Mère Brazier.

No se goza, se califica

Aquí no se toman los vinos: se los degusta; no se goza, se califica. Francia es un inmenso jurado permanente en sesión, que evalúa incansablemente a sus escolares, y sus cocineros, sus industriales y sus prostitutas, sus hombres políticos y sus iglesias. En todas las disciplinas el juicio está por encima de la obra, la crítica sobre la novela, el inspector sobre el profesor. Los escritores, los pintores, los comediantes no trabajan más que para la crítica, a tal punto que se desanima a los principiantes.

Hoy se vive el apogeo y la degeneración del sistema. La escuela es la prueba más significativa de la evolución. A fines de 1968 la locura del examen había llegado a tales proporciones que surgió una viva reacción en sentido opuesto. Los desgraciados escolares se vieron privados bruscamente de toda nota, clasificación o premio. Surgieron extraños sistemas donde las letras formaban, junto con signos aritméticos, conjuntos que se consideraban menos traumáticos que las cifras puras. Si era B+ o C- y nadie comprendía nada. El péndulo había cambiado con tanta rapidez que jueces, agrimensores, testeadores, medidores, examinadores y evaluadores de toda calaña vieron llegar el momento en que perderían sus empleos.

Ahora prevalece nuevamente la borrachera crítica, y no es exagerado decir que la verificación de los conocimientos ocupa tanto tiempo en la vida escolar como su adquisición. Se intentó en la medida de lo posible sustituir el control continuo por el examen final. Hoy el examen es obligatorio pero el control continúa. Como resultado, el año escolar de algunos de los mejores establecimientos consiste en una furiosa carrera de obstáculos, donde a los exámenes de ingreso les sigue una cascada de parciales, exámenes anexados, materias optativas, exámenes finales: todo en una borrasca de coeficientes, promedios, notas eliminatorias, notas de amor y desquites de todo tipo.

Consagrados o conmemorados

La distribución de premios, juzgados infantiles para los niños, hace las delicias de los adultos y las buenas noches de la televisión. Cuatro o cinco veces al año se propone a una cantidad de actores, cantantes, "creativos", que se entrecondecoran, se entrefelicitan y nombran mutuamente en medio de un diluvio de oscars, césares, victorias y sietes de oro. Se condecora a los jóvenes, se consagra a los adultos y se conmemora a los viejos.

Quién puede creerse distinguido cuando todos reciben distinciones. Existen actualmente mil quinientos premios literarios por año. En cuanto al mundo de los negocios, la sola enumeración de los principales galardones resulta descorazonante. Hay premios a la hazaña profesional, a la mujer de negocios, a la calidad industrial, a la exportación artesanal...

El camino va de la autosatisfacción al infantilismo, del infantilismo a la descerebración. Es el caso del Top 50: la clasificación de los discos de 45 revoluciones se basa en las ventas semanales y en los movimientos en el ranking. Durante mucho tiempo se creyó que el principal mérito de una canción de moda era que la gente la escuchara o tararcara. Ahora se sabe que lo importante es clasificarla.

No hay necesidad de escucharla: basta con dejar pasar algunas notas a título indicativo.

Después de todo, las radios no hacen más que imitar a la prensa escrita, que difunde desde hace tiempo la lista de best-sellers de novelas y ensayos, como si las cifras de venta pudieran servir de criterio de excelencia.

Es que la excelencia no es hoy más que la ratificación por el éxito. La obsesión moderna de esa excelencia, en el contacto con el mercantilismo, en el ideal de la competencia democrática, sólo transmite a esta altura insipidez y cansancio.



¿QUE QUEDA DE NUESTRO AMOR?

Una noche de invierno, hace muy poco tiempo, se reunieron cuatro poetas, hombres de más de sesenta años, en el café Tortoni. Empezaron charlando sobre la catástrofe que supone el que ya nadie lea, ni escriba, poesía. Devotos de Breton, Prévert y Eluard, extrañamente, no llegaban a comprender la loca poesía del punk rock. Pronto la conversación derivó hacia la nostalgia. Alguien mencionó los viejos tratados de Thibaudet. Otro memoró la polémica Sartre-Gauraudy. Y, de pronto, el hasta ese instante más silencioso, irrumpió: "Ya no existe la vieja cultura que nos educó en una cierta sensibilidad, que nos hizo pensar en francés, ha desaparecido, hoy para estar en onda hay que hablar en inglés, en japonés o en logo". Y mirando a todos, dramáticamente: "¿Qué queda de nuestros amores?". El de anteojos, cultor de Boris Vian, no pudo con el genio y como toda respuesta se puso a cantar a viva voz la vieja canción de Charles Trenet "Que reste-t-il de nous amours?".

Grande ha sido la influencia de la industria ideológico-cultural francesa sobre la Argentina. Influencia que se hace evidente aun antes de que América Latina se convirtiera en un conjunto de naciones. La gran capital del siglo XIX, como definiera Walter Benjamin a Paris, no dejó de brindar ideas a los próceres iberoamericanos. Hasta el punto que, uno de los más encumbrados, detuvo su huida hacia el exilio, perseguido por una de las tantas sangrientas tiranías criollas, para realizar un graffitti al pie de una montaña de los Andes: "On ne tué pas les idées". Largo tiempo después un historiador revisionista se permitió una boutade: "No, las ideas no se matan; y menos si son francesas".

El afrancesamiento, acto de devoción ritual, llevó tanto a las señoras chics a seguir imprescindiblemente los dictados de la moda de la Ciudad Luz ("Qué importa la moda de París!", dirán posteriormente los yanquis desde el musical Annie) y a que los negocios, que visitaban esas mismas damas, tuvieran necesariamente nombre francés, como a que sus maridos mal vendieran algunas vaquitas para ir a tirar manteca al techo en Montmartre. Hoy, sin ser antropólogo, se puede descubrir la pérdida del acento francés. Los negocios en vez de acento galo tienen en sus nombres un apóstrofe que trata de acercarlos a las boutiques de Estados Unidos.

Como hubo francofilia también hubo francofobia. Sobre todo en los sectores derechistas y católicos de la sociedad. Pero, en el terreno de la cultura, la influencia francesa ganó todas las batallas infatigablemente.

Creando o apropiándose, procesando y distribuyendo ideas, estilos, Francia supo hacer de la cultura, del pensamiento no necesariamente cartesiano, una de sus industrias más potentes. Supo convertir en franceses a Picasso, Dalí o Chagall. Se adueñó del dadaísmo del Café Zurich y lo transformó en surrealismo. Logró que un periodista, polígrafo de talento, fuera considerado un filósofo, que se convirtiera en emblema del existencialismo, y pudiera ser comparado con el mayor pensador alemán de este siglo. Logró que el ensayista Marleau-Ponty pareciera, a toda una generación de argentinos, más importante que el filósofo Wittgenstein. Se apropió del psicoanálisis, del marxismo, y de las críticas al marxismo, nacionalizándolos. Le vendió al mundo la idea de que los directores de cine eran los verdaderos autores de sus obras. Cosa que permitió, a su vez, la difusión de la forma de concreción de esa premisa: la Nouvelle Vague, esa legión de cineastas encabezada por Truffaut y Godard. Y, cuando los yanquis con sus hippies y yippies, y los ingleses con los Beattles y los Rollings, se lanzaron a competirles, permitieron la más espectacular explosión juvenil del mundo, el famoso Mayo del 68. Solución extrema que le posibilitó reverdecer sus glorias y mantener el predominio de su influjo.

Pero, poco a poco, el arte y el pensamiento pasaron a otras capitales con mayor capital. Un profeta canadiense, Marshall McLuhan, había alertado sobre esto que tiempo después le permitirá a un funcionario francés argumentar con irreprochable cinismo: "El mercado del arte está donde está el dinero: en Nueva York, en Tokio. Nuestro rol no es cambiar el mercado, sino asegurar la reputación internacional y el valor de los artistas franceses".

Recientemente, Francia intentó, colándose en la ideología conservadora que se adueñó de Occidente, conquistar mercados con los "nuevos filósofos". Pero, más allá de sus intenciones, tenían un espíritu francés, que aún para muchos sigue siendo de izquierda. No por nada cuando, durante los tiempos del Proceso, se buscó un chivo expiatorio de la perversidad de los subversivos, un prestigioso matutino argumentó que la culpa de todo la tenía el pobre poeta loco, teórico del teatro, Antonin Artaud. Esa hipótesis delirante permite una explicación de igual tenor: que la culpa real era que se trataba de un francés insurrecto contra todos los poderes.

Lentamente, París dejó de ser una fiesta. Y la fiesta se instaló en Nueva York. Y aun en "la movida" madrileña. Y los franceses comenzaron a envidiar esas ciudades que se apropiaban de sus antiguos blasones.

Con la desaparición del semiólogo Roland Barthes, del psicoanalista Jacques Lacan y el pensador Michel Foucault un ciclo parece haberse cerrado. Un anticipo de esto se dio con la muerte de Sartre y la disolución del ideal romántico de izquierda que él había impuesto: intelectual global, genio creador en todas las disciplinas humanísticas, en pareja libre con una escritora, actitud militante y permanentemente comprometida. Las generaciones posteriores intentaron revertir la mayoría de esas propuestas.

Los pensadores que por acefalía ocupan hoy la primera fila de la cultura francesa (Deleuze, Baudrillard, Lyotard, Morin, Derrida, Glucksmann) están lejos de haber desarrollado una obra orgánica. Es obvio que sigue habiendo personalidades dominantes en las diversas disciplinas. Levy-Strauss en antropología. Todorov en teoría literaria. Jankelevich en ética. Pero, en el terreno de la cultura hoy Francia debe competir, como nunca, con anglosajones y germanos, japoneses y españoles. Por lo menos, en el ámbito argentino. Y aun cuando, con el atraso creciente, en los dominios de la inteligencia, que ha sufrido la Argentina, recién disfruta, para dar un ejemplo, del pensamiento foucaultiano de una década atrás.

Los franceses mantienen la esperanza de continuar en su puesto de primacía, Michel Boutinard-Rouelle, director de Asuntos Culturales de París, sostiene que su ciudad es la más completa desde la perspectiva artística, pero al mismo tiempo, con honestidad, confiesa que "París fue la capital incontestable de la danza, la música y la literatura. Sabemos que poco a poco hemos perdido ese rol" y que por lo tanto es normal que un artista como Dubuffet, el más grande de los pintores franceses vivo, trabaje en Nueva York. También el influyente teórico René Girard vive y enseña en los Estados Unidos. Es que, como explica un escritor de la más reciente camada, "es en Nueva York donde se logran realmente las reputaciones, el verdadero prestigio actual".

Los últimos movimientos ensayísticos, el psicoanálisis, el estructuralismo, la semiología, terminaron haciendo que la creación fuera devorada por la crítica. Y el resto se parece mucho a los monólogos celinianamente torrenciales de Philippe Sollers. Hay que ser un especialista para interesarse en la prosa de Jean Marie Le Clezio, Bernard Nöel y, aun, de Patric Modiano. Pocos, en América latina, conocen a los nuevos creadores franceses. El cineasta Maurice Pialet, el cantante Jean Guidoni, la directora teatral Patrice Chereau. Los franceses están decididos a no dejar caer una de sus más poderosas industrias y hablan de "un renacimiento". Saben que pueden apoyarse en operaciones como el premio Nobel para un escritor olvidable, o en escritores magníficos como Michjel Tournier. Pero sobre todo saben que, como ha dicho el ministro de Cultura Jack Lang, "sin salas de cine, no hay cine, sin salas de concierto, no hay música viva. De allí que se haya tomado la decisión histórica de doblar el presupuesto dedicado a la cultura".

El mundo actual es producto de las interpenetraciones culturales. Y esto, muchas veces, más allá de los presupuestos. El arte y el pensamiento marginal se han vuelto centrales. Francia ha tenido que aceptar convivir, dentro de su país, con subculturas que responden a ideas que no ha logrado transformar, procesar, nacionalizar. Pero este mismo hecho le da la oportunidad de reciclar los mejores aspectos de su cultura. Algo que algunos países, como la Argentina, están permeablemente dispuestos a recibir. Una prueba es que haya un interés predominante por las ideas borrosas, pero siempre seductoras, de los franceses de hoy.